AUTHOR:

DELGADO, JUAN B.

TITLE:

BAJO EL HAYA DE TITIRO

PLACE:

[s. l.]

DATE:

1920

Master Negative #

93-81668-6

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

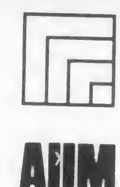
Delgado, Juan B 1868-1929.
Bajo el haya de Titiro, por Juan B. Delgado ... Prefacio de Manuel Díaz Rodríguez. [Mejico] 1920.
4 p. l., v-cxxxvii p., 1 l. 22 cm.

Presentation copy, with author's inscription and signature.

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35 REDUCTION RATIO: 9x
IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB
DATE FILMED: 8/12/93 INITIALS SS
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

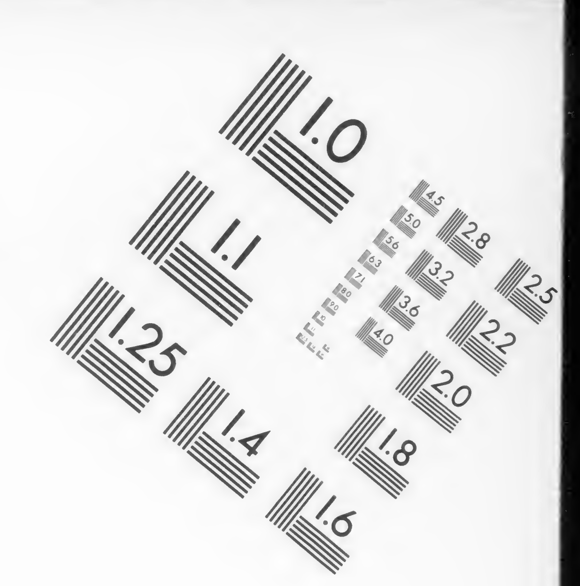


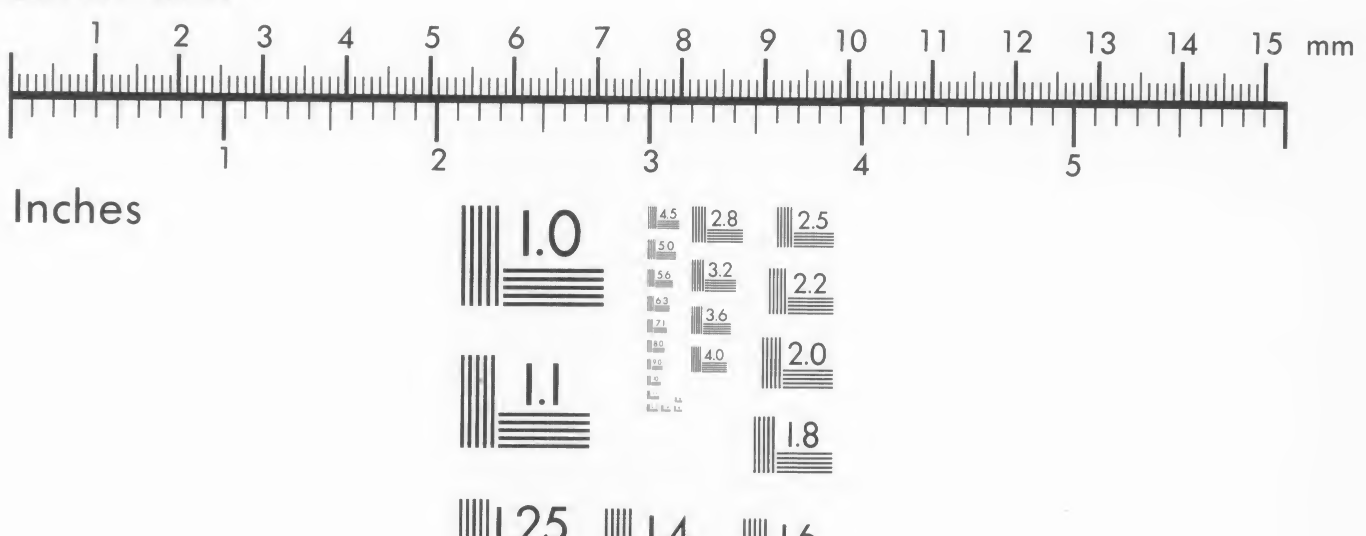
AIIM

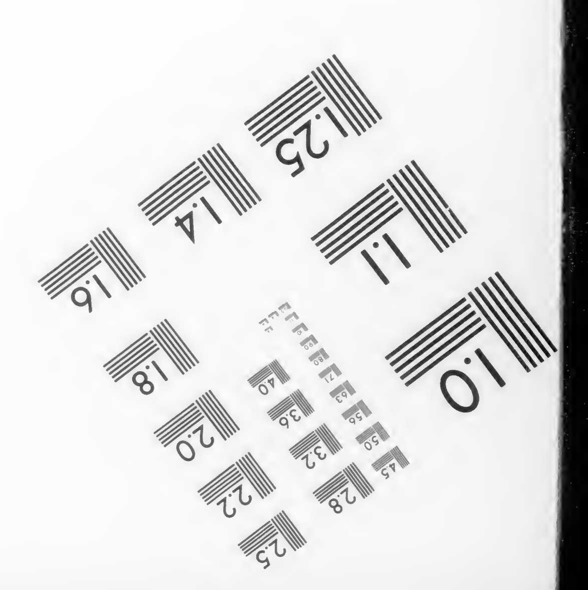
Association for Information and Image Management

1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910

301/587-8202







MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

Coronel A. Lozo de la Vega

BAJO EL HAYA DE TÍTIRO

POR JUAN B. DELGADO
de la Academia Mejicana de
la Lengua C. de la Real Es-
pañola y entre los Árcades
ALICANDRO EPIRÓTICO



PREFACIO

DE

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

MCMXX

BAJO EL HAYA DE TÍTIRO

BAJO EL HAYA DE TÍTIRO

Por. JUAN B. DELGADO
de la Academia Mejicana de
la Lengua C. de la Real Española y entre los Árcades
ALICANDRO EPIRÓTICO



PREFACIO

DE

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

MCMXX

A mi viejo amigo y colega el Coronel D. Arturo Lago de la Vega.
Cariñosamente
Juan B. Delgado

Nov. 6 1937 — A.H.M.

A LA MEMORIA DE CARDUCCI

PREFACIO

PREFACIO

Tityre, tu patulæ recubans sub tegmine fagi
Silvestrem tenui musam meditaris avena.

Tratárase de un autor que hiciera gala de ironista y de un libro de áspera y militante prosa, y cualquiera diría del título del presente libro—venido a luz después de la guerra, durante el año no sé si de gracia o desgracia de mil novecientos veinte, en una larga hora crepuscular del mundo—que resuena, detona y fustiga como un sarcasmo.

Así yo al menos lo pensé, confieso mi pecado, cuando me lo enunciaba su autor, prescindiendo por un segundo del autor y de su obra, que es obra de poeta, para darme, entre tanto, a evocar las causas reales de la famosa égloga de Virgilio. ¿No se hallan vivos, enteros y palpitantes entre nosotros, a la luz del siglo XX, cuantos personajes contribuyeron, dos de ellos en espíritu y en verdad, el tercero únicamente en espíritu, al dejo

amargo y melancólico de la égloga virgiliana? Ante Arrios o Claudios "prepotentes"—hombres, clases o pueblos—nunca faltó—hombre, clase o pueblo—un Melibeo desposeído, que, forzado a dejar su tierra en manos de gente extraña, a la hora de la partida, antes de abandonar la patria quizá para siempre, se detuvo sobrecogido de íntima turbación en medio a la melancolía del paisaje crepuscular—mientras del casal rusticano se alza en el aire sereno el penacho de humo que invita a la cena y al reposo y desde las altas cumbres la noche tiende sus crespones al valle—a oir y a envidiar un momento, desbordante el corazón de añoranzas y memorias ingratas o dulces, a aquel otro personaje necesario de la égloga, al indefectible emboscado feliz, llámese Títiro o Virgilio, quien, después de hurtarse a la suerte común, conservando o recobrando, con su tierra y su bien, la paz del corazón, olvidado, en su quietud egoísta, de la incomparable agonía fraterna, ensaya un aire nuevo en la zampoña y se entrega al deleite y al gusto del canto. Y si esto es verdad, nada de extraño fuera expresarlo diciendo que, después de más de veinte centurias, la humanidad se encuentra aún toda, ideal y moralmente, BAJO EL HAYA DE TÍTIRO.

Pero ni este libro es de prosa maleante y combatiente sino de ciencia gaya, ni su autor es filósofo ironista sino un trabajador ingenuo. Es de Méjico, de aquel grande y vasto país que, durante una larga era de paz, al mismo tiempo que empollaba águilas para el futuro, mandaba a discurrir por la América el ejército lírico de dos o tres generaciones de zenzontles. A una de esas generaciones de poetas pertenece el autor de este

libro. Poeta y diplomático, investido por su Gobierno con el cargo de Primer Secretario de la Legación de su país en Italia, cumple, honrando a su Gobierno y a su país, como diplomático y poeta. A la estricta labor oficinesca, desde luego excelente, pero impersonal y obscura, de memoriales y notas, a veces condenada a estancarse o a momificarse para siempre en los anaqueles de una Cancillería, añade y sobrepone él aquella otra labor que, no por ser de esencia ideal, es menos práctica y fecunda. Sin esta forma de labor, la otra, especie de función académica, vana y fría, no asume algún relieve, y, en vez de crear y estrechar vínculos, como se dice en los discursos protocolares, más bien tiende a veces a mantener y a suscitar entre las naciones, en su propia inercia y rigidez, las más inverosímiles causas de mútua ignorancia, desavenencias y conflictos.

La necesidad y urgencia de semejante labor había por fuerza de imponerse a un latino-americano ante el espectáculo de su América desconocida casi universal y completamente de Europa. Aun hoy, con efecto, en la mente del europeo nuestra América está, o más bien oscila de modo vago, incierto y nebuloso entre avatar y avatar, tomando formas a cual más estrafalaria y pintoresca, semejantes a las que tiene de sandía o de calabaza mastodóntica en los viejos mapas del Museo Vaticano contemporáneos de Américo Vespucci. Y es lo más doloroso que tan instable y falsa idea de América, la comparten, con los demás, los pueblos de las grandes naciones latinas. Aunque por la Conquista, la raza y la lengua, provengamos de España; aunque, sobre todo desde la guerra de Independencia, provengamos de

Francia también por el espíritu de sus enciclopedistas, de su Revolución y de su cultura; aunque, por último, nuestro linaje, a través de la raza española y de la cultura francesa, tenga sus claros comienzos en las próvidas ubres de la loba capitolina, somos, sin embargo, casi igualmente desconocidos de Madrid como de Paris y de Roma. Apenas si durante la guerra se recordó en Francia que en América circulaba un buen poco de sangre latina.

Pero semejante desconocimiento absoluto de Francia, ni extraña ni duele. No extraña, porque responde a un carácter fundamental del espíritu francés que, después que en un momento de olvido, se dió a todos generoso y humano derramándose por el mundo, se recogió y, concentrado en sí propio, se dedicó a depurar y a cultivar exquisitamente el yo nacional, a desechar cuanto aun de muy lejos le parecía serle extraño, a no admitir de cada talento, cualidad o virtud, sino aquel solo matiz qne adivinaba característico suyo, muy francés, y acabó, en este largo proceso de severa destilación o alquitaramiento, por sustraerse a la Humanidad, hasta dejar a la Francia distinta y definitivamente separada del resto de la masa heterogénea, confusa y hostil de los otros, contra cuya probable contaminación la frontera no es ya la más o menos arbitraria línea donde la Francia concluye, sino el abismo espiritualmente insalvable en donde empieza la región de los demás, ni más ni menos que tal como a poca distancia de Atenas empezaba la región de los bárbaros para un ateniense del siglo de Pericles. Y si, dada la actitud mental de Francia, el desconocimiento que muestra de nosotros no ex-

traña, tampoco nos duele, ya que de ella sólo hubimos un modo de ser, una modalidad, un espíritu que de ella misma se ha ido con el tiempo disipando como un perfume. Duele sí de parte de España, cuya sangre y lengua compartimos, y asombra de parte de Italia, cuya multitud emigradora, conservando y aquilatando indirectamente el genio de la raza y la índole de nuestra cultura, de modo inconsciente y con germen tosco pero de buena ley, siembra nuevas opimas cosechas de latinidad en tierras de América desde el Río Grande hasta el Plata.

Nuestra América, para la gran mayoría de los italianos no es más de lo que es en la geografía del Marqués de Bajamar para la gran mayoría de los españoles. Y no me refiero al concepto por fuerza embrionario y candoroso del emigrante analfabeto, simple material de aluvión, materia prima humana, para quien es aún Buenos Aires el nombre de una República de la que serían capital Brasil o Chile: refiérome al expresado por el prohombre, sumo teorizante de política y famoso Jefe de Partido que, desde los escaños del Parlamento, alude a las REPUBLIQUETAS de la América meridional; o al esparcido en la gran masa letrada o semiletrada que de América sabe apenas cuanto le es dable aprender en los avisos de cualquiera Compañía de navegación, como aquella que de la América del Sur desgaja a Venezuela y a Colombia, para ingertarlas, quiéranlo o no, en la América del Centro. Al mentarse en Italia cualquiera de nuestras capitales menores, no falta quien ingenuamente admirado pregunte: "en dónde queda eso?"; y, si se contesta nombrando la República de que aquella es capital, se obser-

vará en el demandante un asombro creciente que equivale a "me he quedado en las mismas". Encuéntrase quien pregunte si se habla castellano en el Brasil, y, lo que menos me explico aún, si se habla portugués en Méjico.

Algo a todo eso, en breve y exquisita lección que sin duda no fué deliberada del poeta, responden este libro de versos de autor mejicano y el hecho mismo de su publicación en Roma. Sin quererlo, en la Ciudad sobre la que se irguieron españoles bajo la púrpura y donde se habló español bajo la tiara, ellos vienen a decir que en el viejo solar de Sor Juana Inés de la Cruz, en Méjico, se habla castellano, y que, no solamente se le habla, sino que también se le trabaja y apura en clásico molde irreprensible.

En el autor, el deber formal del diplomático y del caballero que, honrando a su país, honra al país que lo acoge, coincide armoniosamenne con el deber esencial del poeta hacia la más generosa entraña de poesía, hacia la nación-verjel en cuyo seno el mármol es ya en lo hondo de la cantera sueño, germen y promesa de obra de arte, y cuando se muestra en la superficie al aire y a la luz, en su dureza de eternidad se anima, y vive y perfuma como una flor. Su libro empieza con una filial salutación a Roma, y está dedicado a la memoria de Carducci: no puede haber más cumplido homenaje a Italia.

Naturalmente, la mejor parte del homenaje va de modo espontáneo a Roma, donde este libro se publica, porque Roma inspiró muchos de sus versos y en ella ve el poeta el centro espiritual de su poesía. En efecto, cuando el sículo idilio de Teócrito y la bucólica de Grecia melodiosamen-

te se fundieron en la égloga virgiliana, la Arcadia dejó de ser griega por obra y gracia de Virgilio, y desde ese mismo punto la capital de Arcadia es Roma. No otra es la razón porque Roma atrae a este poeta, único entre los de su generación y en su país que, grato al bicorne dios de la Arcadia, prefirió AL INSTRUMENTO OLÍMPICO, LA SIRINGA AGRESTE, el suave caramillo rústico. Arcade, en tierra de Arcades, propicios el dios y el sumo rey de la Arcadia, Pan y Virgilio, al són de su instrumento, hecho de cañutillos cortados y labrados en tierra de Cuauhtémoc,

junta el ritmo castellano
a la bucólica griega.

En tanto que en su dolor de crisálida monstruosa la tierra gime ensangrentada y convulsa, él aspira a encontrar para la eterna canción un aire nuevo en el secreto de la siringa pánida.

Cerca y lejos, la locura invade corazones y espíritus; arrastra individuos, clases y naciones; y corre y se propaga a modo de fulmínea pandemia. Un cretinismo provecto, sereno y descuidado, se obstina, con aires de meditación, al rededor de mesas protocolares, en hacer, contrahacer y deshacer el mundo; mientras otro cretinismo joven, más jovial, discurre y danza con lengua y piernas internacionales, en pintoresco barullo de FIVE OCLOCK'S, en medio a la luz de sonrisas y miradas que deben casi toda su eficacia al droguista. Y unos y otros ignoran el huracán cuya fuerza apocalíptica se cierne y agrava sobre sus frentes en la atmósfera; y unos y otros ignoran el ejército de columnas de fuego que al lado

de ellos y en silencio está ya en marcha: huracán y ejército que, unidos en alianza inminente, moverán, incendiarán y renovarán la humanidad, con tanta rudeza y hondura de renovación, que, en parangón de sus efectos, las revoluciones pasadas más formidables habrán de aparecer como vulgares episodios, y los movimientos religiosos más profundos como tímidos balbuceos infantiles,

El poeta, entretanto, da de cuando en cuando la espalda a ese mundo nuevo y feo, y, después de rendir homenaje a la ciudad capital de la Arcadia, a Roma, FIOR D' OGNI CITTÁ, a la ciudad que es flor, flor de luz y de mármol, flor de la tierra, abandona su recinto, y más allá de la pesadumbre de sus palacios de hoy día y de la aérea maravilla de sus antiguos palacios, más allá de la altura umbilical de su Capitolio, más allá del escombro imperial de su Palatino y de la mole soberana de su Coliseo, tras de orillar o cruzar la Vía Apia, sobre columbarios que guardan bajo la esmeralda y el frescor del trémulo CAPELVÉNERE la anónima ceniza de los contemporáneos de Scipión y de Bruto, se sienta, si no al pie del haya de Mantua remota, sí al pie de los cipreses y de los laureles, de las encinas o los pinos parasoles de la campiña romana, y ahí se da, al tenue són de su caramillo, propicios el dios y el rey de la Arcadia, a celebrar, con el amor, todos los seres y cosas de eterna belleza y bondad: el cándido rebaño que a sus ojos pace la yerba y el citiso florido lo mismo que en los tiempos virgilianos, y el árbol que da sombra, y la fontana que da música, y la cigarra y el buey.

Y he aquí cómo el título de este libro, apar-

te cualquiera otra consideración, adquiere un significado más ingenuo y profundo, porque, sin veleidades irónicas, el poeta puede asegurar que la humanidad está hoy, como ayer estuvo, y estará mañana como está hoy, siempre BAJO EL HAYA DE TÍTIRO.

Poco importa que haya nuevos Títiros, Arrios y Melibeos. Cambien o no cambien los hombres, cambien o no cambien los motivos de su acción, siempre cruel, queda la poesía que no se agota ni muda. Suscitada del caramillo, la avena o la zampoña, que bien pueden ser el mismo corazón del poeta, ella siempre está pronta a revelarse cantando como un hontanar secreto en el rincón de paz a donde se apartan con sus meditaciones Horacio y Fray Luis; a bajar, como un dón del cielo, de la garganta del ruiseñor; a entregarse como novia campesina en la clausura del huerto; a insinuarse en los corazones con la fragancia del jardín y a entregarse a todos, indistintamente, en la grave melancolía de la hora en que del casal rusticano asciende en el aire sereno el penacho de humo que invita al recogimiento y al reposo y desde las altas cumbres la noche tiende sus negros pabellones al valle.

> et jam summa procul villarum culmina fumant
> majoresque cadunt altis de montibus umbræ.

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ.

Roma, abril de 1920.

SALUTACION A ROMA

HACE ya veinte siglos fuiste joven. Un día
Pontífices y Césares halagaron tu oído,
mas a través del tiempo tu belleza ha crecido
cual crecido han tu arte, historia y poesía.

Trémula, claudicante, la faz sin lozanía
y túrbidos los ojos, y el pelo encanecido,
semejas una rosa de tinte desvaído
en los parques umbrosos de la Melancolía.

Salve, Matrona ilustre! Descansa bajo un solio,
frente a tu Coliseo, junto a tu Capitolio
y cabe tus fontanas cuyo murmurio arroba;

mientras yo, en un arranque de lirismo supremo,
impetro que me nutras, como Rómulo y Remo
en las próvidas ubres de la materna Loba!

SALUTACION A ROMA

HACE ya veinte siglos fuiste joven. Un día
Pontífices y Césares halagaron tu oído,
mas a través del tiempo tu belleza ha crecido
cual crecido han tu arte, historia y poesía.

Trémula, claudicante, la faz sin lozanía
y túrbidos los ojos, y el pelo encanecido,
semejas una rosa de tinte desvaído
en los parques umbrosos de la Melancolía.

Salve, Matrona ilustre! Descansa bajo un solio,
frente a tu Coliseo, junto a tu Capitolio
y cabe tus fontanas cuyo murmurio arroba;

mientras yo, en un arranque de lirismo supremo,
impetro que me nutras, como Rómulo y Remo
en las próvidas ubres de la materna Loba!

LIBRO I

BUCOLICAS

INTROITO

Musa: roza con tu ala
las cuerdas del guitarrillo,
y sopla en el caramillo
las quejas que Pan exhala.

Flexiblemente resbala
por estas rimas sin brillo,
y en su ropaje sencillo
prende siquier una gala.

El surco aguarda tu grano:
Ruth --con hoz de plata-- siega
la ortiga del ripio vano.

Y, como ninfa que juega,
junta el ritmo castellano
a la bucólica griega.

LA FLAUTA DE PAN

Pan, el caprípedo bicorne,
ansió una vez una rosada
ninfa, y tras búsqueda insistente
al fin hallóla entre las aguas:
era Syringa que en el Ladon
toda desnuda se bañaba.

El dios al verla raudo echóse
entre las linfas por besarla;

mas ella entonces con presura
de cervatilla, corre pávida
con su venusta carne núbil
iluminando la campaña.

La fuga advierte el claro río
y en un momento, por salvarla,
cual por arcano encantamiento
trueca a Syringa en grácil caña.

El viejo sátiro se angustia,
emperla el césped con sus lágrimas,
y por dar pábulo a su pena
verde carrizo presto arranca:
trónzalo en siete cañutillos
dispares, y forja una flauta
en la que alienta quejumbrosa
de la deidad agreste el alma.

Pan desde entonces vive oculto
entre las selvas encantadas,
tañe que tañe su syringa,
la más melíflua de las flautas.

XXII

Salve, oh Syringa, compañera
de los Pastores de l' Arcadia:
sigue los tiempos evocando
de aquella Musa virgiliana
que para el arte aun vive en Roma,
urbe de Césares y Papas!

XXIII

A ROSALINDA

Con divino pincel Marzo decora
en lo azul el celaje transparente,
y sobre la campaña triunfalmente
su cesto de capullos vuelca Flora.

Cuando él reina, la turba voladora
puebla el aire de trino balbuciente,
y la gárrula linfa de la fuente
hacia los campos va fecundadora.

XXV

En Marzo nace la estación florida;
y en él, mi pecho que de ti se ufana,
a su primer amor le dió cabida.

Todo compendias tú, Rosa lozana,
eres la primavera de mi vida:
celeje y flor y pájaro y fontana.

XXVI

PASTORAL DE LONGO

La siesta.
Duerme Cloe, Dafnis vela
el sueño de la niña encantadora,
y de la flauta rústica y sonora
un dulce arrullo virgiliano vuela.

—Chist, traviesos cabritos, artuñuela
que por demás te muestras baladora,
no despertéis a mi gentil pastora
más atractiva cuanto más me cela.—

XXVII

Dice el zagal. Y en tanto en el turgente
seno de Cloe ocúltase impaciente
cigarra huyendo de ave que l' acosa.

Dafnis encuentra la ocasión propicia:
hurga, prende al insecto, y acaricia
dos venustas palomas nieve y rosa,

PASTORAL DE ROLLI

—Zagal: quieres decirme
si por aquí pasó
la dulce y gentil Dórida,
de la que novio soy?

—Sí que pasar la he visto
camino del alcor:
llevaba una ovejuela
y ésta al cuello un listón.

—Con sólo esa compaña?
—También la de un pastor.
—Quién?

—El apuesto Lícidas,
y un ramo la donó.
Pero te has puesto pálido .

—Males del corazón.
Feliz tú, vaquerizo,
que no sabes de amor!

XXX

EL BESO

Bajo el domo del bosque se divisa
—nota blanca en la eglógica verdura—
un cordero al que Filis con ternura
y grácil mano el vellocino alisa.

Cuando así la sorprendo, mi sonrisa
enciende de su rostro la hermosura;
tal un súbito rayo de luz pura
más el plumaje a la paloma irisa.

XXXI

—Dame tu boca en flor, (clamo impaciente)
tus coralinos labios todo aromas
y frescos cual los frutos del madroño.—

Y al darla el beso apasionadamente,
tiemblan sus senos virginales, pomas
de leche y miel que maduró el Otoño.

EL RUEGO DEL PASTOR

He aquí a tu bardo montañés; al rudo
bardo humilde y sombrío,
que abre el ala de oro a las bucólicas
al herir el doliente caramillo.

Mírame cuál retorno: estoy enfermo,
me siento envejecido,
mi antes lozana faz está rugosa
y se nevó mi barba de caprino.

Escucha: hay en mi tierra un árbol triste,
un árbol amarillo,
so cuya fronda que frescor exhala
se asombran los cansados peregrinos.

De su lacio ramaje nunca cuelgan
los pájaros el nido;
es un árbol sin flores y sin pomas,
agrietado y anémico y raquítico.

Pero bajo su crústula, qué efluvio
y qué savia tan ricos!
Cuando lo hiere el leñador, del hacha
mella y perfuma el acerado filo.

Lo mismo soy: magüer mi aspecto es rústico,
(mi corteza es de indio)
cuando me tratas con crueldad, te lanzo
modernas rimas de sabor antiguo.

Asómate al abismo de mi alma
como a un lago dormido:
águilas, pugnan por volar mis sueños;
víboras, se retuercen mis delirios;

Y, desgranando arrullos, dos palomas
allí tienen su nido:
el amor que hace tiempo me inspiraste
y el que guardo a mi madre desde niño.

Ven . . . sobre el altozano, serás Venus
en pedestal florido;
los turíferos nardos, a tus plantas
sus níveas urnas volcarán sumisos;

las aves, al oírte, avergonzadas
acallarán sus trinos,
y a tus labios, por miel, las mariposas
irán sedientas como a jonios mirthos.

Qué hermoso que hallarás mi rincón verde,
mi agreste hogar tranquilo
donde se trenzan con palustres lotos
las azules campánulas del río!

Yo iré al bosque a leñar, iré por agua
al arroyo vecino;
que no permitiré que se maltraten
manos suaves y blancas cual los lirios.

Al fin de mi labor, cuando desunza
los tardos bueyes míos,
y del acecho de voraces lobos
resguarde en el redil a mis cabritos,

buscaré con anhelo tu compaña,
y en santa paz unidos,
yantaremos los rústicos manjares,
muy más que los de un rey, dulces y opimos.

Ven, deja la ciudad, deja el palacio
y el lujo y el bullicio . . .
Qué es la vida? . . . Una ráfaga de viento
que nos impele a un tálamo muy frío.

Ven a admirar el raso de las hojas,
cuyo fru-frú divino
no es el roce de seda que produce
al abrirse y cerrarse tu abanico.

Ven a ver los diamantes de Golconda:
las gotas de rocío
que en las urnas florales limpias tremen
y enhebra el sol en sus dorados hilos.

Oh, tú serás en la caliente zona
de mi suelo nativo,
una rara beldad en mi montaña
y una Princesa Azul en mi bohío!

Somos aves, volemos . , . En la selva
nos aguarda el idilio:
la eterna ley es anidar. Volemos
ansiosamente a suspender el nido!

EL CANARIO DE DORILA

Que sufres? No es verdad. Cuando la Aurora
anega el horizonte de fulgores,
Dorila, dulce imán de los pastores,
llega a ti sonriendo halagadora.

Dícete con voz tierna que te adora
más que a sus otros pájaros cantores,
y suspende tu jaula entre las flores
que perfuman su estancia encantadora.

XXXIX

Que de la esclavitud te abruma el peso
y anhelas verte al aire, soberano?
Que no puedes volar, que vives preso?

Mi grata libertad trocara ufano
por gozar de Dorila el casto beso
y recibir alpiste de su mano!

UNA VACA

Sus ojos, mansa ternura,
luz de sol en el Ocaso,
su piel, coruscante raso
en tensión por la gordura.

Ambarina encornadura,
negra nariz, belfo laso;
tal camina paso a paso
con su pagana hermosura.

Blanco vellocino cubre
su vientre, y muestra en la ubre
cuatro túmidos pezones

que, a fuer de rosado aliño,
mienten en campo de armiño
cuatro vernales botones.

FILENO A SILVIA

—Mira: ya descendió de la montaña
hosca la Noche a la feraz colina;
vaga el lobo ululando, y examina
con igniscentes ojos la campaña.

Silvia: pues que Fileno te acompaña
y dejas tu labor de campesina,
la sien cansada en el jergón reclina
al amor del hogar de tu cabaña.

Tu novio aquesta noche tiene empeño
en arrullar con flébil caramillo
tu virginal y regalado sueño.

Vamos, mi dulce bien, duerme, reposa.
. . . Y mañana promete al zagalillo
darle tu mano, en premio, como esposa.

ELEGIA

Quisiera, Delio, que en aquella altura
donde perenne trisca el cefirillo,
un cipresal en verdinegro anillo
guardara plañidor mi sepultura.
CLEARCO MEONIO.

Cuál el motivo de que en estos bosques
vague sin guarda el triscador rebaño?
Por qué no escucha el que arrullar solía
pífano agreste?

Dónde el zagal que con paterno mimo
lo defendió del carnicero lobo
y de la escarcha cuando aleve llega
frígido Invierno?

Dónde el Pastor que al retornar del monte
cargaba el tierno balador cabrito,
tras de lavar a la recién parida
cabra quejosa?

Nadie responde a mis preguntas, nadie:
con el silencio mi ansiedad acrece;
mi voz rodando entre las agrias peñas
Eco difunde . . .

Hosca la nube en el zafir vaguea
cual un crespón de catafalco ingente;
fingen los astros al brillar temblosos
fúnebres cirios.

Céfiro leve al suspirar menea
un cipresal en verdinegro anillo,
donde barrunto que durmiendo yace
Clearco Meonio.

XLVI

Clearco Meonio, por piedad responde:
Haste olvidado de tu grey dolida?
No ves que plañe desoladamente
huérfana y sola?

De hoy más, quién lustra su vellón sedeño?
Quién la conduce a los feraces pastos?
Quién a la margen de fontana tersa,
dócil la guía?

Quedan, insignias de tu alcurnia ilustre,
mitra y cayado, pectoral y anillo,
y la meliflua y a la par silvestre
pánica flauta.

Y habrá quien haya de acoger las prendas
episcopales que te diera Roma,
y a las ovejas que te añoran mustias
guarde y vigile.

Pero la flauta, la divina flauta
que el mismo Pan te regaló en las selvas,
en otros labios lanzará discordes,
ríspidas notas.

XLVII

Que tú al partirte con las sacras Musas
de Grecia y Lacio hacia el celeste Empíreo,
no formulaste de tañer el modo
clásico y dulce.

Llore la Iglesia a su Prelado eximio,
llore l' Arcadia á su Pastor egregio,
y l' Academia de la Lengua, en oro
grabe tu nombre.

Todos lamenten tu eternal partida;
todos te invoquen en su duelo grave;
y todos rieguen en tu fosa humilde
mirthos y lauros.

Yo doyte sólo desmayadas violas:
mi llanto en ellas con dolor te diga,
que tu recuerdo guardará inextinto
fiel Alicandro.

A UN CONVERSO

Marchabas sin mentor, cuando entre flores
sorprendiste un zagal que, recostado,
tañía el caramillo delicado
cuidando sus cabritos triscadores.

Era Virgilio, rey de los pastores,
a él te llegas feliz y emocionado,
y dícesle:—Señor, pues no has negado
impartir con largueza tus favores,

perdona si extraviado en mi camino,
famélico me acerco a mendigarte
algo que me conforte . . . voy sin tino;

tu pan intelectual conmigo parte,
siquier dame las heces de tu vino.—
. . . Y te dió en santa comunión el Arte!

LA HERENCIA DE MIRTA

I

Del mundo al parlirse
la pastora Mirta,
lególe a Fileno
una vaca nívea;
mas la dulce bestia
quedó confundida
entre las que guarda
Silvio en su alquería,

el pastor que tiene
las reses mas finas.

II

—Vengo por la vaca
de mi vaqueriza,
Fileno dolido
dijo a Silvio un día.
—Sus señas?

—Tan blanca
cual la leche misma.
—La color que ostenta
mi ganado es nívea.
—Cómo hallar entonces
mi herencia?

—. . . Descuida:
mañana a las luces
del alba pristinas,
acude a la ordeña
de mi vaquería
para que, una a una,
las ubres exprimas;
y la que a tus manos

perfumes transmita,
será, no lo dudes,
de lá res de Mirta.

III

Fuése a la del alba
Fileno a la cita;
y cuentan que pronto
sus manos curtidas
hubieron de flores
fragancia exquisita:
aquel vago aroma
que la vaqueriza
a diario dejara
con sus manecitas
en las róseas ubres
de la vaca nívea.

PASTORAL DE OTOÑO

En el cielo de Octubre simulan grecas
las nubes que caminan con tardo giro,
y Febe, en el estanque de azul zafiro,
ve su redonda cara pinta de pecas.

Tremulan las torcidas ramas entecas
allá en el desolado yerto retiro,
y el nemoroso viento lanza un suspiro
que hace crepitar brusco las hojas secas.

LV

Otoña.

Huye la Tarde...

La pastoría

arrebuja su enferma melancolía
en albornoz de brumas grises y suaves.

Corydón yace triste sobre las mieses,
y sus chivos de seria cara de ingleses,
luenga y lacia la piocha, le observan graves.

MENSAJERA

—A dónde tiendes presurosa el vuelo
lanzando triunfal himno de alegría?
Dejas la placidez de l' alquería
por gozar de otra tierra y otro cielo?

A dónde vas?

—Hacia el nativo suelo
por el que enferma estoy de nostalgía
y en donde cuelga bajo verde umbría
el nido en que me aguarda mi polluelo.

Vuela en paz . . . no te hieran los pesares.
Quién pudiera cual tú ver el zafiro
del claro cielo de los patrios lares!

Si a Cloris ves, por quien de amor deliro,
entrégala este ramo de azahares:
la mando en él un beso y un suspiro.

EL ALMA DE LAS FLAUTAS

Tityre tu patulæ recubans sub tegmine fagi
Sylvestrem tenui musam meditaris avena.

VIRG. EGLOG. I.

. . . Y los indios les inspiran a las flautas
sus bucólicas triunfales y sus himnos!

Mientras triscan en el prado las ovejas
y retozan en las peñas los cabritos,

se congregan los pastores bajo el toldo
que abre un misericordioso tamarindo.
Son los ángeles-custodios del rebaño;
los que acechan a los lobos carniceros
rondadores del aprisco;
son los buenos habitantes de la sierra,
son los indios!

Y a la sombra del gran árbol opulento,
árbol-rey, árbol proficuo,
verde lira de los vientos surïanos,
camarín de los zenzontles y los mirlos,
los pastores tocan aires de la costa
en sus flautas de carrizo!
Una dulce ola de música s' eleva
desgranando su cristal en gorgoritos:
es un chorro de silvestres armonías
que se quiebra en el azur del cielo limpio...
es el alma de las cañas que se queja
impulsada por el soplo de los indios . . .
es el alma de las cañas que solloza
por los huertos odorantes a tomillo;
por las eras donde crujen las espigas,
oros pálidos y vivos;

por las yuntas que laboran en los campos
mansamente, con su grave porte olímpico;
por la púbera pastora Galatea
muy más blanca que el vellón del corderillo.

. . . Y los indios les inspiran a las flautas
sus bucólicas triunfales y sus himnos!

Unas lloran con dolor de chirimía,
otras plañen como triste caramillo,
otras tienen la ternura de l' avena
y otras el marcial *allegro* de los pífanos.
Y esa música salvaje, tan sentida,
que s' escapa de las flautas de carrizo,
tiene un mágico poder: en su ala de oro
nos remonta al infinito.

Hasta el ave se avergüenza al escucharla
y en el buche esconde trémolos y trinos . . .
hasta sienten los jaguares al oírla
misteriosos calosfríos,
y las víboras se arrastran hacia ella
por la influencia de su hechizo.
Oh buen Pan, guarda tu rústica syringa
que más dulces son las flautas de los indios!

Asombrados los zagales, bajo el toldo
que abre el misericordioso tamarindo,
mientras pacen las ovejas en el prado
y entrechocan sus pitones los cabritos,
s' entretienen jubilosos e inocentes
con sus flautas de carrizo;
y en alegre ruedo todos congregados
son un grupo melancólico de Títiros.

Lenta lenta, triste triste, suave suave,
vuela el alma de las flautas de los indios:
la melena de las frondas s' estremece,
se abre un surco luminoso en lo infinito,
sopla tibia y leve ráfaga de viento,
se columpia el gigantesco tamarindo . . .
Y, de pronto, diademada de laureles,
con su túnica de armiño,
con la Lira de las Églogas al hombro,
proyectando su gran sombra sobre el río,
dulce y tierna y melancólica y sagrada
atraviesa la figura de Virgilio . . .

. . , Y los indios les inspiran a las flautas
sus bucólicas triunfales y sus himnos!

LA VIUDEZ DE MELIBEO

—Desde que Filis bella, tan bella cuanto huraña,
hacia remotas tierras partióse de mi lado,
sin vivir, vivo a torvos recuerdos entregado
en el umbroso y frío rincón de mi cabaña.

Pace, disperso en ampos, por la vernal campaña,
el de mi aprisco dócil y balador ganado,
huérfano de la guarda del pastoril cayado
que sigilosamente mis pasos acompaña.

Pruebo a tañer la flauta de Pan, y repentina
nube, resuelta en lloro, cuelga en mi faz un manto
y el labio tremulante con la queja no atina:

que anégase la caña con el copioso llanto,
y al espirar en ella doliente desafina
y vierte muchas lágrimas . . . sin preludiar el canto!

BALADA DEL BUEY

E del grave occhio glauco entre l' austera
dolcezza si rispeccia ampio e quieto
il divino del pian silenzio verde.

G. CARDUCCI.

No es cosa fútil penar
por un buey cuando se pierde!

El fué conmigo a labrar
la tierra por la tornar
en una campiña verde.

No es cosa fútil penar
por un buey cuando se pierde!

El dió más luz a mi lar
la paz del campo al copiar
en sus ojos de agua verde.

No es cosa fútil penar
por un buey cuando se pierde!

Pues me ayudó a conquistar
el pan nuestro del hogar,
dejadme que lo recuerde.

Y cómo no recordar
al dócil buey que se pierde!

LXVI

A UN AÑOJO

Fronte curvatus imitatus ignes
Fertium Lunae referentis ortum:
Quâ notam duxit, niveus videri
Coetera fulvus . . .

HORACIO, LIB. IV, ODA II.

Tienes lucia la piel, color bermeja,
glaucos los ojos, dulce la mirada,
y un manchón en tu frente despejada
a fuer de albo lucero se refleja.

LXVII

A una naciente luna se asemeja
tu testa precozmente coronada,
y airoso mueves, cual de flor preciada,
un pétalo rosáceo en cada oreja.

Tal vez mañana, en la coyunda preso,
surques el haza emasculado toro,
símbolo de trabajo y de progreso.

Hoy eres un gentil BECERRO DE ORO;
y, aunque no soy idólatra, confieso
que por bello y mirífico te adoro.

CANCION DE LA CIGARRA

—En mi estridente monocordio
y no en el dulce clavicordio,
alzo de un cántico el exordio:

Yo soy la Musa del Estío
y, ebria de sol y de rocío,
canto en las márgenes del río.

En los ardores de la siesta
rimo mis notas con la orquesta
que alada trina en la floresta.

Cuándo corusca Febo estivo
—ojo de sátiro lascivo—
y del cenit llueve oro vivo,

cuál me deleitan los sonoros
graves bramidos de los toros
cuya nariz hincha sus poros,

y que en tropel ansiosamente
llegan a la húmida corriente
por aplacar su sed ardiente!

Gusto de ver los animales
de las comarcas tropicales
y que el calor torna sensuales:

pláceme ver a la ventruda
negra tarántula velluda
que, para herir, falaz s' escuda;

a las hidrópicas iguanas
cabe las límpidas fontanas,
frescor d' eglógicas sabanas;

a los bicornes alacranes
—que son rastreros dioses Panes—
y a lagartijas y caimanes.

Gusto cantar con el auxilio
de Corydón, zagal de idilio,
formosum pastor de Virgilio.

Gusto de ver en los alcores
a las cabritos triscadores
que retozando tronzan flores;

gusto de ver a la zancona
y aleve araña juguetona
tender su fina red nipona,

por atrapar zumbón mosquito
que lanza voces con su pito
que se confunden en un grito.

Tengo un magnífico palacio,
un ideal y azul espacio:
las odas clásicas de Horacio;

de Lafontaine soy noble amiga,
aunque en su fábula castiga
mi orgullo al lado de la hormiga.

Mas Longo me hizo venturosa:
de Cloe púbera y hermosa
me dió los senos nieve y rosa.—

Súbito un pájaro canalla
en una brusca trova estalla
y a la cantora grita:
—Calla!

Pues es monótono tu canto
y lo repites tanto y tanto,
asaz aumentas mi quebranto.

Eres moderna poetisa
y tus estrofas causan risa
aleteando con la brisa.

No tienen jugo ni fragancia,
ni luz, ni ritmo, ni elegancia,
magüer presumas ser de Francia.

Calla! Las aves no sufrimos
que estés rehilando tus opimos
tardos tercetos monorrimos.

. . . Y terqueando la cigarra
la voz del pájaro desgarra
con el bordón de su guitarra:

—Yo soy la Musa del Estío
y, ebria de sol y de rocío,
canto en las márgenes del río.

A FERNANGRANA

Ávido abrí tu libro, y su lozana
poesía me arrobó con su belleza:
en tus clásicos versos hay pureza
de forma, al par que griega, castellana.

Es la de Anacreón joven y sana
Musa la que disipa tu tristeza,
y nimba de fulgores tu cabeza,
y a tus versos da vida parnasiana.

LXXV

Qué blasón ofrendar a tu talento?
 Tú sabes, ahuyentando los dolores,
 despertar un sublime sentimiento.

Y pues del Pindo como Apolo vienes,
 tus jonios "Mirtos", tus primeras flores,
 luzcan junto al laurel sobre tus sienes.

LIBRO II

GEORGICAS

BEATUS ILLE

La ola de la suerte al campo me ha traído,
y en él, solo y aislado, soy nuevo Robinsón;
lejos de la malévola corte donde he vivido
abro a los cuatro vientos numen y corazón.

Quiero para mis penas mucho aire y mucho olvido,
a los músculos fuerza y oxígeno al pulmón;

y—pájaro trovero—cabe mi agreste nido
en un chorro de perlas soltar una canción.

Naturaleza: oh madre, pues tanto te he querido,
en tu regazo apréstame un lecho florecido
donde hallar inexhausta fuente de inspiración,

y déjame que cante para encantar tu oído:
...*Dichoso aquel que huye del mundanal ruido,*
el verso humilde y grande de Horacio y de
León!

EXHORTACION AL TRABAJO

Alborea. Es el instante,
el transitorio momento
en que, la luz palpitante,
su áurea bandera triunfante
despliega en el firmamento.

Se fué la Noche—la negra
esclava de faz adusta—

se fué la que tanto asusta,
llegó la que tanto alegra:

L' Aurora! Ved: ya lozana,
como la Venus pagana,
surge en los mares de Oriente,
mostrando el seno turgente
de nivosa porcelana.

Desata sus crenchas; dora
el cielo con su atavío,
y sobre las flores llora
ese llanto que atesora
hecho perlas: el rocío.

Todo es alegre a esta hora
en que se despierta el mundo
de grave sueño y profundo:
el gallo a lo lejos canta,
y toda flor, toda planta
siente las celdillas llenas
de savia que les afluye,
y circulándoles huye
—sangre blanca—por sus venas.

Ya en los jirones de bruma,
que del lago se desprenden
y cual humareda ascienden,
el caserío se esfuma.

Ya empinada en el alero
coquetea la paloma,
y el fragante limonero
—arábico pebetero—
suelta en ráfagas su aroma.

Madruga el rústico; deja
el leñador su cabaña
y, el hacha al hombro, se aleja
camino de la montaña.

Bala en el redil la oveja;
en los lejanos corrales
brama el selvático toro;
y por cima los trigales,
rizos en ondas de oro,
se ciernen en densa nube
los tordos madrugadores.

Entretanto, el Sol ya sube:
se apresuran los pastores
a ordeñar; los labradores
van a uncir, y el buey tardío
el testuz al yugo ofrece.

Qué rumor produce el río
que colérico se hincha . . .
—gigante boa—parece
que se escama y da pavura!
El potro piafa y relincha
retozando en la llanura;
soplan hálitos süaves
susurrando en la floresta,
y ora dulces, ora graves,
saludan al Sol las aves
con sinfonías de orquesta.

Salud, oh Sol, ya tu disco,
que asoma entre las escamas
del crestón de abrupto risco,
flameante se estremece
como abanico de llamas!

Y crece el rumor, y crece
el movimiento y la vida,

cuando en el campo amanece
y a sus labores convida:
el rebaño va a la punta
del alto monte, que encierra
pasto abundoso; la yunta
va a labrar la inculta tierra;
la ronda de campesinos
de corvas hoces armada,
va por diversos caminos
a segar la mies dorada;
y las yeguas, que fustiga
látigo en mano severa,
corren a trillar la espiga
amontonada en la era.
. . . .
. . . .
A la lucha, labradores!
A regar vuestros sudores
el deber al surco os trajo!
Id a la diaria fatiga,
y Dios vuestro pan bendiga,
adalides del trabajo!

A UN LABRADOR

Bien haces, labrador; eleva al cielo
la sencilla plegaria. Echaste el grano,
y en viniendo la lluvia y el verano
próvido Dios fecundará tu suelo.

Feliz quien ha la paz, quien ha el consuelo,
siendo de esta comarca el soberano!
Feliz quien alza con callosa mano
la blonda mies que cultivó con celo!

Hete aquí *ni envidiado ni envidioso:*
no sueñas el alcázar de los reyes;
bien humilde es tu lar, pero dichoso;

no inclinas la cerviz a duras leyes,
y place verte reclinado airoso
en el robusto lomo de tus bueyes!

BRINDIS

Después de que yantaron
los campesinos,
el que adobara Tirsis
tierno cabrito,

un brindis rusticano
pronuncia Mopso
elevando la aliara
plena de mosto:

—Comenzó el año agrícola
mis conlabriegos,
y hay que loar a Ceres
y a Triptolemo.

Están listos los yugos
y los arados,
y en espera está el haza
de rubios granos.

Que os dé la Madre Tierra
ciento por uno,
y que cosechas óptimas
hayáis por triunfo.—

Dice. Acogen el brindis
sonoras palmas;
se oye el chocar unánime
de las aliaras;

palpita el siempre joven
suelo de Grecia
con la dulce llegada
de Primavera;

y su floral turíbulo
Favonio mece
por ofrendar incienso
fragante a Démeter.

ETAPAS DEL TRIGO

EL TRIGAL

I

Tremulento,
y ondulado,
y dorado,
y al viento,

alimento
regalado
ha brotado
opulento.

No lo yerme
mal oculto
e imprevisto:

en él duerme
y tiene culto
Jesucristo.

LA SIEGA

II

Ved en los surcos la mies madura:
ya feculento revienta el grano
que con sus besos cuajó el Verano
—el rey fecundo de la Natura.—

No bien el Día surge y fulgura
rasgando el velo del orto indiano,
al trigal rubio, con hoz en mano,
la gente agrícola se apresura.

Del mar de oro sobre las olas,
se carcajean las amapolas
—bocas de ardiente viva escarlata;—

mientras las hoces, como enemigas
armas temibles, segando espigas
fulgen cual medias-lunas de plata.

LA TRILLA

III

En el círculo espacioso de la era
está en parvas abundosas acervado,
una parte del tesoro que ha volcado
en las trojes la fecunda sementera.

Y en el círculo emprendiendo la carrera
potros brutos en tropel desmelenado,
dan al aire su relincho destemplado
sacudiendo la gran crin como bandera.

Va en su pos bruno rapaz marchando al trote,
azotándolos crüel con el chicote
—larga víbora de crótalo sonoro;—

y al fulgor ignirojizo de la tarde,
la era finge circo rústico que arde
envolviendo todo el campo en humo de
oro.

CANTIGA CREPUSCULAR

—Cayó la luz difunta
del Sol, tras de los montes.
. . Y ya la Noche apunta,

Como simientes bellas
la etiepe Sembradora
va desparciendo estrellas.

Después, tras un instante,
es sementera el cielo
de mieses rebosante.

Pero surge la Luna,
y siega las espigas
con su hoz, una a una—

Tal va cantando un poeta
entre agavillados oros
de campesina carreta
que, crugidora y repleta,
arrastran dos mansos toros.

LA MILPA

Cuando tierna es un mar verde
cuyas aguas son las hojas
—cintas trémulas de raso
finamente lanceoladas—
que se agitan como crines
o se cruzan como espadas
defendiendo los *jilotes*
de ambarinas crenchas flojas.

Ya en sazón yergue sus frutos;
el rumor de las panojas
crepitante imita el ruido
de las ondas encrespadas,
y famélicos la invaden
negros tordos en bandadas
—militares orgullosos
de ostentar presillas rojas. —

Y ya seca, por el fuego
del buen Sol de mediodía,
es la milpa haz de fusiles,
batallón de infantería
que al redoble acompasado
del marcial tambor sonoro,
vuelve intrépido y triunfante
de los campos de la guerra,
pregonando que los surcos
—las matrices de la tierra—
dan por una sola gota
de sudor mil granos de oro.

OTROS POEMAS

EL INVIERNO DE ROMA

Te muestras, viva imagen de Proteo,
ya pluvial, ya lumíneo, ya ventoso;
surges febeo y cambias en brumoso,
surges brumoso y cambias en febeo.

Siempre distinto tu semblante veo,
unas veces risueño, otras lloroso;
ya pareces Narciso por lo hermoso,
ya pareces Vulcano por lo feo.

CV

Voluble como tú la Musa mía,
no siempre inunda en luz mi fantasía
cuando le impetro la gallarda estrofa.

Burla el empeño con que audaz la hostigo,
y más la sigo cuando más me mofa,
y más me mofa cuanto más la sigo!

ASI NACIO UN SONETO

Una Legación El Ministro escribe. De pronto entra corriendo un niño: ostenta en la cabecita un haz de trigos maduros y en las mejillas dos róseos botones. Y cascabelea una voz de oro:

—Papá, cómo se llama el Primer Secretario?
—Juan B. Delgado.
—Y qué *ve* Delgado?
—*Chi lo sa!*

Oigo sonar mi nombre, e interrumpo una suma de tres cifras que no he podido hacer en ocho días por el talento aritmético que Dios me ha dado. El niño no va a Roma por la respuesta—ya que estamos en Roma—y le disparo por los siete cañutos de mi arcádico caramillo, estos catorces tiros:

Qué veo? Que en tus ojos,
a la malicia ignaros,
revuela una parvada
de palomas: tus sueños
Qué veo? Que en tus labios
fragantes y sedeños
hay alondras que anuncian
amaneceres claros.

Qué veo? Que en tu rostro
de blancura de Paros
hay las prístinas rosas
de los ortos risueños.
Qué veo? Que has calzado
tus finos pies pequeños
con las mágicas botas
de aquellos *Cuentos* raros.

Pasos de siete leguas
son tus pasos. Caminas
de cara a un sol glorioso,
sin hollar las espinas,
porque no guarda espinas
el jardín de la infancia.

Mañana, el lauro, el triunfo!
Te tornarás en hombre,
y sabrás por la equívoca
inicial de mi nombre
que envolví, cual vidente,
tu futuro en fragancia!

A UN PIANISTA

Hiera las teclas de marfil tu mano,
de tu alma huya el tenebroso duelo;
derramen a torrentes el consuelo
los alados acordes del pïano.

Ve con desdén al envidioso vano
que torpe intenta encadenar tu vuelo.
Al águila caudal que sube al cielo,
qué le importa el insecto del pantano?

Alas inmensas tienes! Y te inclinas
en la senda del arte transitoria
al peso de la injuria?
No caminas?

Avanza y será tuya la victoria:
que sólo coronándose de espinas
pueden los genios escalar la gloria!

EL RELOJ DE CU-CÚ

A. G. V.

Todos los días, cuando suenan las XII, asoma·
de par en par abriendo risueña su balcón,
una italiana semejante a una paloma
que sale con el ansia de ver á su pichón.

El balcón al abrirse se ilumina y aroma
y un arrullo denuncia femenil emoción:
es que el ave de Venus por columbino toma
al galán que la guiña desde una Legación.

Y quién el atrevido y en lides de amor sabio?
"...a ese reloj da cuerda con ósculos mi labio;"
tal en jocunda charla me confesaste tú.

Y bien, a ser posible, bésala cada hora,
para que el pico rojo del ave arrulladora
interminablemente desgrane su cu-cú!

LAS FONTANAS DE ROMA

Son hechizo de Roma las fontanas,
de cuyas claras linfas el Sol toma
el blancor impóluto con que asoma
al darse en comunión por las mañanas.

Olímpicas deidades con insanas
risas burlan del tiempo la carcoma,
y evocan fases de l' antigua Roma
en sensuales posturas y paganas.

Cantarinas, rizosas, palpitantes,
se desgranan en perlas y diamantes
si Eolo alisa sus argénteas canas.

Y pues en ellas beben sus secretas
líricas emociones los poetas,
son hechizo de Roma las fontanas.

A UN MÚSICO

Pones en el pentagrama
notas de vida y pasión,
y se quema con fruición
todo espíritu que ama.

Y pues enciendes la llama
divina en el corazón,
quién que ofrece una emoción
no es digno de prez y fama?

Ya la Gloria te reclama
y te ciñe triunfal rama
a fuer de ilustre blasón.

—Venciste!—Tal se proclama.
Es digno de prez y fama
quien ofrece una emoción.

En el Mar 1919.

DESDE EL PALATINO

De la mano me trajo la Historia al Palatino.
Apaciento los ojos en la contemplación
de grandes cosas bellas. El tramonto es di-
vino
y en él sangra sus tintas ardido bermellón:

Entre ruinas el Arco trinufal de Constantino,
el Foro en que luciera sus dotes Cicerón;
allá una esbelta torre junto al Capitolino
Museo, que de joyas antiguas es arcón;

Más allá, en el Giannícolo, sobre fondo silves-
tre,
soberbia destacándose broncínea estatua
ecuestre:
Giuseppe Garibaldi que de Italia es blasón.

Y más allá, entre llamas, falleciendo la Tarde...
Y Roma, bajo el fuego solar que rojo arde,
tal como en otros tiempos la incendiara Ne-
rón!

ELOGIO DE LAS RUINAS

Estoy sentado en una piedra enorme,
leprosa y carcomida
por los siglos. Sentado en una piedra
que antaño base fué de una corintia
columna del Palacio de los Césares,
y que hoy es sólo una imperial reliquia,
una vetusta página de historia,
un libro en que estudiar arqueología,
un albergue de pájaros nocturnos
y un nido de lacertos y de ortigas.

Cuando me siento enfermo de tristeza
y cansado del viaje por la vida,
me acojo a la inmutable
serenidad augusta de las ruinas!

El amor de los hombres
es venero de males e intoxica;
a cada golpe suyo, en el espíritu
sentimos su ponzoña sutilísima:
suspicacia, temor, celos, rencores,
cóleras, cobardías,
todo eso nos asalta . . . Y hasta el odio
mueve en el alma su cabeza de hidra.

El amor de las cosas, cuán diverso!
Es un arcano amor de panteísta:
amando el polvo de donde vinimos
y al que retornaremos algún día,
nos libramos un poco de la carga
ponderosa de angustias y de cuitas.
El amor de las cosas es tan firme
como las cosas mismas;
d' ellas nunca tememos fasedades
ni tememos intrigas;

les pasamos la diestra
haciéndoles caricias,
y ni responden con palabras duras
ni crueles nos lapidan.

Nos dan lo que ellas tienen: color, forma,
y nunca se corrompen ni varían;
no tienen labios para el beso aleve,
no profieren mentiras,
no han corazón mudable
ni alma negra y falaz, nido de víboras!

He aquí porque me place, Fabio amigo,
tarde por tarde visitar las ruinas;
porque vengo a sentarme en esta piedra
leprosa y carcomida
en la que ausculto a solas el inmenso
corazón de la santa Poesía:
por tener limpidez en la conciencia
y honda paz en el ánima intranquila!

NOX

La tiniebla—nocturna mariposa—
con álulas de oscuro terciopelo,
en balde pugna por alzar el vuelo
a través de la selva pavorosa.

Yace crucificada en la espaciosa
cúpula de zafir... vano es su anhelo:
Dios la prendió como señal de duelo
con clavos de cabeza luminosa.

Cuando sus rosas en el Orto prende
núbil Aurora, y por el orbe tiende
como en divinos cármenes sus galas;

la negra mariposa desprendida,
por la luz del Oriente seducida,
en la hoguera del Sol quema sus alas!

GELOSIA

Señora: sois muy bella. Para alumbrar el día
necesita por fuerza la luz de vuestros ojos,
y los mirtos de Jonia para tornarse rojos
roban a vuestros labios color y lozanía.

En vuestra voz aprenden las aves armonía,
y en vuestra faz el alba se tiñe de sonrojos.
Señora: siento celos... Tal rugen mis enojos
que entre mis manos férreas os estrangula-
(ría.

Quisiera que viviérais la vida de la estatua;
cerrar vuestros oídos a la gálante trova;
extinguir vuestros ojos como una lumbre fatua;

y ser yo, a vuestras plantas, marmorizado, yerto,
uno de los leones que cinceló Canova;
pero de esos leones, no el dormido, el despierto!

CXXVIII

EL PESCADOR DE ESTRELLAS

Cabe cerúlea fuente
donde la linfa sueña,
un candoroso niño
quiere pescar estrellas:
echa el anzuelo al agua
para efectuar la pesca
y tras esfuerzos vanos
no consigue hacer presa.

CXXIX

Tal me pasa contigo,
lejana y rubia Estela:
de mi alma en el fondo
como en la linfa tiemblas;
mas cuando intento asirte
con ilusión suprema,
escapas a mis ansias
como deidad etérea...

CARMEN CARNEUM

Al cumplir los catorce años
la hija de un poeta.

Cada vez que tu niña cumple años, parece
que brota en su sien virgen un lucero gentil;
tal como la araucaria que, año a año, florece
ostentando una estrella que ilumina el pensil.

Catorce primaveras! La puericia fenece
a la suave sonrisa de un lampo juvenil.
Catorce rosas blancas anuncian que amanece
y en su lira de oro canta este laude Abril:

—Poeta: son sus ojos dos fuentes diamantinas
que duermen a la sombra de pestañas endrinas,
y sus cejas, dos alas que van de un sueño en pos...

Qué raro taumaturgo te ha dado su secreto?
Catorce hechizos tiene tu más gayo soneto.
Aleluya! Tu numen es el numen de un dios!

NOCHE BUENA

Noche Buena, sarcasmo de mi vida!
Hoy está Roma como nunca bella:
la Luna es almo Sol, y cada estrella
rosa de nieve en el azur prendida.

Noche jocunda en que el dolor se olvida
y se trueca en canciones la querella;
Noche Buena de amor en que destella
como un claro fanal la fe perdida.

Noche Buena! Y mi muerta más querida,
mi madre, en mis recuerdos ay! descuella
entre blandones fúnebres tendida!

Cuán solo estoy! En mi orfandad dolida
Roma es el alma de Nerón, pues ella
siente placer en desgarrar mi herida!

CXXXIV

PATER NOSTER

A. Carducci.

Padre nuestro,
Maestro,
que gustaste la linfa en la Castalia
y con tu púgil estro
has dado gloria a Italia.

Pues en el Cielo estás,
santificado

CXXXV

sea por siempre tu preclaro nombre,
rapsoda iluminado,
incorruptible hombre.

Venga a nos tu jardín de poesía,
el tu reino interior pleno de rosas,
en que beben perfumes y ambrosía
joyantes versos como mariposas.

Y allá en el Cielo como aquí en la Tierra,
Fiat voluntas, Señor.
Y qne en tus sienes
refulja ese diamante azul que encierra
la luz del arte excelso que mantienes!

ANTIFONA

Si tanto amaste la Naturaleza,
y le cantaste al asno y le cantaste al buey,
niño de barba y de cabellos blancos,
ella mece tu cuna de tierra en un verjel.

Yo pondría velando ante esa cuna,
de tu numen seráfico símbolos de alta prez,
el par de mansas bestias cuyo aliento
calentó al Niño Dios allá en Belén!

Bolonia 1919.

FIN

INDICE

LIBRO II. GEÓRGICAS

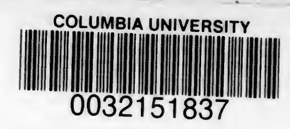
OTROS POEMAS

DEL MISMO AUTOR

París y otros Poemas
Alma Vernácula
Poema de los Árboles
Nicaragua
Las Canciones del Sur
Una Tarde de Toros en Sevilla

EN PREPÁRACION

Cuentos, Juicios y Semblanzas



86D378 05